

17 Tiempo ordinario (C)

EVANGELIO

Pedid y se os dará.

+ Lectura del santo evangelio según san Lucas 11,1-13

Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: "Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos."

Él les dijo: "Cuando oréis decid:

"Padre,

santificado sea tu nombre,

venga tu reino,

danos cada día nuestro pan del mañana,

perdónanos nuestros pecados,

porque también nosotros perdonamos

a todo el que nos debe algo,

y no nos dejes caer en la tentación."

Y les dijo: "Si alguno de vosotros tiene un amigo, y viene durante la medianoche para decirle: "Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle."

Y, desde dentro, el otro le responde: "No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos."

Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite.

Pues así os digo a vosotros:

Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre.

¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra?

¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?

Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?"

Palabra de Dios.

HOMILIA

**2015-2016 -
24 de julio de 2016**

REAPRENDER LA CONFIANZA

Quien pide, recibe.

Lucas y Mateo han recogido en sus respectivos evangelios unas palabras de Jesús que, sin duda, quedaron muy grabadas en sus seguidores más cercanos. Es fácil que las haya pronunciado mientras se movía con sus discípulos por las aldeas de Galilea, pidiendo algo de comer, buscando acogida o llamando a la puerta de los vecinos.

Probablemente, no siempre reciben la respuesta deseada, pero Jesús no se desalienta. Su confianza en el Padre es absoluta. Sus seguidores han de aprender a confiar como él: *«Os digo a vosotros: pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá»*. Jesús sabe lo que está diciendo pues su experiencia es esta: *«quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre»*.

Si algo hemos de reaprender de Jesús en estos tiempos de crisis y desconcierto en su Iglesia es la confianza. No como una actitud ingenua de quienes se tranquilizan esperando tiempos mejores. Menos aún como una postura pasiva e irresponsable, sino como el comportamiento más evangélico y profético de seguir hoy a Jesús, el Cristo. De hecho, aunque sus tres invitaciones apuntan hacia la misma actitud básica de confianza en Dios, su lenguaje sugiere diversos matices.

«**Pedir**» es la actitud propia del pobre que necesita recibir de otro lo que no puede conseguir con su propio esfuerzo. Así imaginaba Jesús a sus seguidores: como hombres y mujeres pobres, conscientes de su fragilidad e indigencia, sin rastro alguno de orgullo o autosuficiencia. No es una desgracia vivir en una Iglesia pobre, débil y privada de poder. Lo deplorable es pretender seguir hoy a Jesús pidiendo al mundo una protección que solo nos puede venir del Padre.

«**Buscar**» no es solo pedir. Es, además, moverse, dar pasos para alcanzar algo que se nos oculta porque está encubierto o escondido. Así ve Jesús a sus seguidores: como «buscadores del reino de Dios y su justicia». Es normal vivir hoy en una Iglesia desconcertada ante un futuro incierto. Lo extraño es no movilizarnos para buscar juntos caminos nuevos para sembrar el Evangelio en la cultura moderna.

«**Llamar**» es gritar a alguien al que no sentimos cerca, pero creemos que nos puede escuchar y atender. Así gritaba Jesús al Padre en la soledad de la cruz. Es explicable que se oscurezca hoy la fe de no pocos cristianos que aprendieron a decirla, celebrarla y vivirla en

una cultura premoderna. Lo lamentable es que no nos esforcemos más por aprender a seguir hoy a Jesús gritando a Dios desde las contradicciones, conflictos e interrogantes del mundo actual.

José Antonio Pagola

HOMILIA

**2012-2013 -
28 de julio de 2013**

TRES LLAMADAS DE JESÚS

“Yo os digo: Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad y se os abrirá”. Es fácil que Jesús haya pronunciado estas palabras cuando se movía por las aldeas de Galilea pidiendo algo de comer, buscando acogida y llamando a la puerta de los vecinos. Él sabía aprovechar las experiencias más sencillas de la vida para despertar la confianza de sus seguidores en el Padre Bueno de todos.

Curiosamente, en ningún momento se nos dice qué hemos de pedir o buscar ni a qué puerta hemos de llamar. Lo importante para Jesús es la actitud. Ante el Padre hemos de vivir como pobres que piden lo que necesitan para vivir, como perdidos que buscan el camino que no conocen bien, como desvalidos que llaman a la puerta de Dios.

Las tres llamadas de Jesús nos invitan a despertar la confianza en el Padre, pero lo hacen con matices diferentes. “Pedir” es la actitud propia del pobre. A Dios hemos de pedir lo que no nos podemos dar a nosotros mismos: el aliento de la vida, el perdón, la paz interior, la salvación. “Buscar” no es solo pedir. Es, además, dar pasos para conseguir lo que no está a nuestro alcance. Así hemos de buscar ante todo el reino de Dios y su justicia: un mundo más humano y digno para todos. “Llamar” es dar golpes a la puerta, insistir, gritar a Dios cuando lo sentimos lejos.

La confianza de Jesús en el Padre es absoluta. Quiere que sus seguidores no lo olviden nunca: “el que pide, está recibiendo; el que busca, está hallando y al que llama, se le abre”. Jesús no dice que reciben concretamente lo que están pidiendo, que encuentran lo que andan buscando o que alcanzan lo que gritan. Su promesa es otra: a quienes confían en él, Dios se les da; quienes acuden a él, reciben “cosas buenas”.

Jesús no da explicaciones complicadas. Pone tres ejemplos que pueden entender los padres y las madres de todos los tiempos. “¿Qué padre o qué madre, cuando el hijo le pide una hogaza de pan, le da una piedra de forma redonda como las que pueden ver por los caminos? ¿O, si le pide un pez, le dará una de esas culebras de agua que a veces aparecen en las redes de pesca? ¿O, si le pide un huevo, le dará un escorpión apelotonado de los que se ven por la orilla del lago?

Los padres no se burlan de sus hijos. No los engañan ni les dan algo que pueda hacerles daño sino “cosas buenas”. Jesús saca rápidamente la conclusión: “Cuánto más vuestro Padre del cielo dará su Espíritu Santo a los que se lo pidan”. Para Jesús, lo mejor que podemos pedir y recibir de Dios es su Aliento que sostiene y salva nuestra vida.

José Antonio Pagola

HOMILIA

2009-2010 – CON LOS OJOS FIJOS EN JESÚS

Año 2010

REAPRENDER LA CONFIANZA

(Ver homilía del ciclo C - 2015-2016)

José Antonio Pagola

HOMILIA

2006-2007 – HACERNOS DISCÍPULOS DE JESÚS

29 de julio de 2007

PEDIR, BUSCAR, LLAMAR

Quien pide, recibe.

En las primeras comunidades cristianas se recordaban unas palabras de Jesús dirigidas a sus seguidores en las que les indica en qué actitud han de vivir: «Os digo a vosotros: *Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide, recibe, quien busca, halla, y al que llama, se le abre*».

No se dice qué pedir, qué buscar ni adónde llamar. Lo importante es la actitud de vivir pidiendo, buscando y llamando. Como un poco más tarde, Lucas dice que el Padre «*dará su Espíritu Santo a los que se lo piden*», parece que lo primero que hay que pedir, buscar y llamar es el Espíritu Santo de Dios.

«*Pedid y se os dará*». En la Iglesia se planifica, se organiza y se trabaja buscando eficacia y rendimiento. Pero, con frecuencia, sólo contamos con nuestro esfuerzo. No hay sitio para el Espíritu. Ni lo pedimos ni lo recibimos.

Pedimos vocaciones sacerdotales y religiosas pensando que es lo que más necesitamos para que la Iglesia siga funcionando, pero no pedimos vocaciones de profetas, llenos del Espíritu de Dios, que promuevan la conversión al evangelio.

«*Buscad y hallaréis*». Con frecuencia, no sabemos buscar más allá de nuestro pasado. Nos da miedo abrir nuevos caminos. No nos atrevemos a dar por terminado lo que ya no genera vida y ahogamos nuestra creatividad para iniciar algo realmente nuevo y bueno.

Sin buscadores es difícil que la Iglesia encuentre caminos para evangelizar el mundo de hoy. Mientras tanto, los jóvenes tienen derecho a saber si en la Iglesia nos preocupamos de su futuro y del mundo nuevo en el que van a tener que vivir.

«*Llamad y se os abrirá*». Si nadie llama al Espíritu, no se nos abrirán nuevas puertas. Defenderemos el presente con todas nuestras fuerzas. Tendremos miedo a los cambios pues si este presente se nos viene abajo, no hay nada más. Nos falta fe en el Espíritu creador de nueva vida.

Construiremos una Iglesia segura, defendida de peligros y amenazas, pero será una Iglesia sin alegría y sin aire, porque nos faltará el Espíritu Santo de Dios.

José Antonio Pagola

HOMILIA

2003-2004 – A QUIÉN IREMOS
25 de julio de 2004

NECESITAMOS ORAR

Quien pide, recibe.

Quizás la tragedia más grave del hombre de hoy sea su incapacidad creciente para la oración. Al hombre actual se le está olvidando lo que es orar. Las nuevas generaciones han abandonado las prácticas de piedad y las fórmulas de oración que han alimentado la fe de sus padres. Hemos reducido el tiempo dedicado a la oración y la reflexión interior. Hasta la hemos excluido prácticamente de nuestra vida.

Pero no es esto lo grave. Parece que el hombre actual ha ido perdiendo capacidad de silencio interior y de encuentro sincero consigo mismo y con Dios. Distráido por mil sensaciones, embotado interiormente, encadenado a un ritmo de vida deshumanizador, está abandonando la actitud orante ante Dios.

En una sociedad en la que se acepta como criterio primero y casi único la eficacia, el rendimiento y la utilidad inmediata, la oración queda desvalorizada como algo inútil y poco

importante. Fácilmente se afirma que lo importante es «la vida», como si la oración perteneciera al mundo de «la muerte».

Y, sin embargo, necesitamos orar. No es posible vivir con vigor la fe cristiana y la vocación humana, infraalimentados interiormente. Tarde o temprano la persona experimenta la insatisfacción que produce en el corazón humano, el vacío interior, la banalidad de lo cotidiano, el aburrimiento de la vida y la incomunicación con el misterio.

Necesitamos orar para encontrar silencio, serenidad y descanso que nos permitan sostener el ritmo de nuestro quehacer diario. Necesitamos orar para vivir en actitud lúcida y vigilante en medio de una sociedad superficial y deshumanizadora.

Necesitamos orar para enfrentarnos valientemente a nuestra propia verdad y ser capaces de una autocrítica personal sincera. Necesitamos orar para no desalentarnos en el esfuerzo de irnos liberando individual y colectivamente de todo lo que nos impide ser más humanos.

Necesitamos orar para liberarnos de nuestra propia soledad interior y poder vivir ante un Padre, en actitud más festiva, agradecida y creadora.

Felices los que también en nuestros días sean capaces de experimentar en lo más profundo de su ser, la verdad de las palabras de Jesús: «*Quien pide está recibiendo, quien busca está hallando y al que llama se le esta abriendo*».

José Antonio Pagola

HOMILIA

2000-2001 – BUSCAR LAS RAÍCES

29 de julio de 2001

BUSCADORES

Buscad y hallaréis.

No son muchos pero son cada día más. En medio de un ambiente generalizado de indiferencia, hay un grupo de hombres y mujeres que vuelve a interesarse por Dios. A veces ni ellos mismos encuentran palabras para explicar lo que viven: se ha despertado en ellos una inquietud que los llama hacia la fe. En una sociedad aparentemente frívola y unidimensional, ellos son testigos de una búsqueda espiritual.

No son pocos los obstáculos y dificultades que han de superar. A veces se sienten extraños incluso entre los suyos: nadie entiende su inquietud. Otras veces no saben a dónde acudir o con quién hablar. Apenas conocen la Iglesia, y lo que conocen no les atrae. No

desean ser «recuperados» por nadie. Buscan luz, verdad y paz, pero no saben a qué puerta llamar.

Lo que buscan no es «volver al pasado». Muchos de ellos no guardan buenos recuerdos de su experiencia religiosa. No quieren retomar las creencias y prácticas de otros tiempos. Buscan algo más auténtico y gozoso. Quieren comprender mejor la fe, pero desean sobre todo experimentar si Dios tiene fuerza para dar sentido, alegría y esperanza a la vida. Les atrae más la llamada de Dios que la doctrina de los teólogos.

Sienten necesidad de revisar la trayectoria de su vida para aprender a creer de otra manera. Intuyen que su vida cambiará si se sienten a gusto con Dios. Quieren comunicarse con él pero no saben cómo. Desean conocer mejor a Cristo pero no saben qué camino seguir. A todos se les nota que quieren empezar desde el principio, «refundar» su fe sobre bases nuevas y dar una dirección diferente a su vida. Su búsqueda nos interpela a los que vivimos, tal vez, una religión rutinaria, acostumbrados a Dios y sordos a su llamada.

Uno de los errores más dañosos que podemos cometer en la vida es encerrarnos en nuestro pequeño mundo y dejar de buscar. Hemos de escuchar desde muy dentro las palabras de Jesús: «*Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe; quien busca halla; y al que llama se le abre*».

José Antonio Pagola

HOMILIA

1997-1998 – UN CAMINO DIFERENTE

26 de julio de 1998

EL PADRE DEL CIELO

Pedid, y se os dará.

Cuando los cristianos rezan el *Padrenuestro* no olvidan que se dirigen a un Padre “*que está en el cielo*”. Un Padre cercano y atento a cada ser humano, pero que no debe ser confundido con un padre cualquiera. Lo advierte el mismo Jesús: “*Uno sólo es vuestro Padre: el del cielo*” (Mt 23,9). ¿Qué significa exactamente orar a un Padre que “*está en el cielo*”?

En su elemental cosmología los hebreos concebían el mundo como dividido en tres regiones. Los cielos (*samayin*), donde habita Dios; la tierra (*ha'ares*), donde vivimos los humanos; lo que queda debajo de la tierra, el país poblado por las sombras de la muerte (*scheol*). Dentro de esta concepción, el cielo es para el hombre bíblico símbolo de la transcendencia de Dios que no puede ser encerrado en nuestro pequeño mundo. Así, dice el rey Salomón en la inauguración del Templo de Jerusalén: “*¿Es posible que Dios habite en la*

tierra? Si no cabes en el cielo ni en lo más alto del cielo, cuánto menos en este templo que te he construido” (1 Re 8,27).

Por eso, invocar a un Padre *“que está en el cielo”* es recordar, antes de nada, que Dios no está ligado en ningún lugar sagrado, no permanece encerrado en ningún templo ni es propiedad de ninguna religión. En cualquier momento y desde cualquier lugar, de día y de noche, desde lo alto de una montaña, desde el banco de una iglesia o desde el lecho de un hospital se pueden elevar los ojos al cielo para invocarlo como Padre querido.

Por otra parte, rezar al Padre del cielo es orar al que es Dios de todos, sin exclusión ni discriminación alguna. El Padre de los que le invocan con fe y de quienes viven de espaldas a él. El Padre que espera al hijo pródigo que viene de lejos y al hijo mayor que, aun viviendo en casa, no sabe amar al hermano. El Dios bueno *“que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos”* (Mt 5,45).

Todavía hay algo más. Como es sabido, Jesús tenía la costumbre de orar *“elevando los ojos al cielo”*, algo poco frecuente en su época, pues los judíos oraban dirigiendo su mirada hacia el Templo. Y cuando una mujer samaritana le pregunta dónde hay que adorar a Dios: si en el Templo judío de Jerusalén o en el samaritano del monte Garizim, Jesús le contesta: *“Ni en este monte ni en Jerusalén... Llega la hora en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad”* (Jn 4,21-23). En el templo o fuera de él, a Dios se le da culto verdadero cuando vivimos con espíritu de hijos escuchando con verdad su llamada a ser hermanos.

La oración del Padrenuestro ha sido recogida de forma diferente en Mateo y en Lucas. Sólo Mateo recuerda desde el inicio que la oración va dirigida al Padre del cielo. Han hecho bien los cristianos en seguir esa versión, pues nos sitúa mejor ante el Padre de todos, el que sólo sabe *“dar cosas buenas a sus hijos”*.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1994-1995 – VIVIR DESPIERTOS

30 de julio de 1995

A SOLAS

Buscad y hallaréis.

Hay algo que no siempre se señala al estudiar la crisis religiosa de nuestros días. Unos se alejan de la religión, otros la han reducido al mínimo, no pocos viven una fe apagada. Pero, con frecuencia, todo esto se está produciendo sin que las personas se planteen de

forma consciente qué actitud quieren adoptar ante Dios y por qué. Se actúa casi siempre sin criterios ni puntos claros de referencia.

Por otra parte, es fácil observar que muchas veces se habla de Dios como «de oídas». No hay experiencia personal. Se olvida, como advierte *W. Schmidt*, que «*la religión sólo puede captarse con verdad desde dentro*», por lo que tenemos el peligro de hablar de ella «*como hablaría un ciego de los colores*».

La fe en Dios se puede debilitar o apagar de muchas maneras, pero sólo conozco un camino para reavivarla: la oración personal. Ese «*ponerse ante Dios*» en silencio y a solas. No sé de nadie que haya vuelto a Dios sin haberlo escuchado como amigo en el fondo de su ser. La fe se despierta cuando la persona invoca a Dios, lo busca, lo llama, lo interroga, lo desea. Dios no se oculta a quien lo busca así. Más aún. Está ya presente en esa búsqueda.

He asistido recientemente a la VIII Semana de Teología Pastoral, celebrada en Madrid con este tema de fondo: «*¿Dónde está Dios? Itinerarios y lugares de encuentro*. » Se han planteado cuestiones de no poco interés para diseñar una búsqueda de Dios en nuestros tiempos, pero *J. Martín Velasco* ha recordado una vez más lo que con tanta fuerza subraya en su último libro «*La experiencia cristiana de Dios*» (E. Trotta, 1996), que recomendando vivamente a quienes andan buscando a Dios: «*Sin oración personal, resulta extraordinariamente difícil hacer la experiencia de Dios en las celebraciones comunitarias y en el desarrollo de la vida ordinaria*. »

En esta oración personal se produce, según el prestigioso teólogo, «*una cierta ruptura de nivel*» que permite al sujeto vivir una experiencia diferente, que está más allá de otras vivencias centradas en la utilidad, la posesión, el interés económico, que constituyen la vida ordinaria. En esta oración, la persona «*se coloca ante Dios*». Esto es lo decisivo. El corazón de toda religión. Quien la ha conocido termina diciendo como Job: «*Hasta ahora hablaba de ti de oídas; ahora te han visto mis ojos*» (Job 42, 5).

No hemos de olvidar las conocidas palabras de Jesús: «*Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide, recibe; quien busca, halla; y al que llama se le abrirá*. » Hay muchos caminos para encontrarse con Dios, pero ninguno tan decisivo como la oración. La fe se despierta hablando a solas con él.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1991-1992 – SIN PERDER LA DIRECCIÓN

26 de julio de 1992

“PADRE NUESTRO”

Cuando oréis, decid: Padre...

Del “Padre nuestro” se ha dicho todo. Es la oración por excelencia. El mejor regalo que nos ha dejado Cristo. La invocación más sublime a Dios, pronunciada jamás por labios humanos. Y, sin embargo, repetida una y otra vez por los cristianos, puede convertirse en rezo rutinario. Palabras que se repiten mecánicamente sin elevar el corazón a Dios.

Por eso, es bueno que nos detengamos de vez en cuando a reflexionar sobre esta oración en la que se encierra toda la vida de Jesús. Pronto nos daremos cuenta de que sólo pueden rezar el “Padre nuestro” quienes viven con su Espíritu.

“Padre nuestro”. Es el primer grito que brota del corazón humano cuando el hombre vive habitado, no por el miedo y el temor a Dios, sino por una confianza plena en su amor creador. Un grito en plural, al que es Padre de todos. Una invocación que nos enraíza en la fraternidad universal y nos hace responsables ante todos los hombres.

“Santificado sea tu Nombre”. Esta primera petición no es una más. Es el alma de toda esta oración de Jesús, su objetivo y su aspiración suprema. Que el “Nombre de Dios, es decir, su misterio insondable, su amor y su fuerza salvadora se manifiesten en toda su gloria y su poder. Y esto dicho no desde la pasividad o la indiferencia, sino desde el deseo y el compromiso de configurar nuestra propia vida desde esa aspiración de Jesús.

“Venga tu Reino”. Que no reinen en el mundo la violencia y el odio destructor. Que reine Dios y su justicia. Que no reine el Primer Mundo sobre el Tercero, los europeos sobre los africanos, los poderosos sobre los débiles. Que no domine el varón a la mujer, ni el rico al pobre. Que se adueñe del mundo la verdad. Que se abran caminos a la paz, al perdón y a la verdadera liberación.

“Hágase tu voluntad”. Que no encuentre tanto obstáculo y resistencia en nosotros. Que la humanidad entera obedezca a la llamada de Dios que, desde el fondo de la vida, invita al hombre a su verdadera salvación. Que mi vida sea hoy mismo búsqueda de esa voluntad de Dios.

“Danos el pan de cada día”. El pan y todo lo que necesitamos para vivir de manera digna, no sólo los del Primer Mundo, sino todos los hombres de la Tierra. Y esto dicho no desde el egoísmo acaparador o el consumismo irresponsable, sino desde la voluntad de compartir más lo nuestro con los necesitados.

“Perdónanos”. El mundo necesita el perdón de Dios. Los hombres sólo podemos vivir pidiendo perdón y perdonando. Sólo quien renuncia a la venganza desde una actitud abierta de perdón puede hacerse cada día más humano.

“No nos dejes caer en la tentación”. No se trata de las pequeñas tentaciones de cada día, sino de la gran tentación de abandonar a Dios, olvidar el evangelio de Jesucristo y seguir un camino equivocado. Este grito de socorro queda resonando en nuestra vida. Dios está con nosotros frente a todo mal.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1988-1989 – CONSTRUIR SOBRE LA ROCA

30 de julio de 1989

APRENDER A ORAR

Buscad y hallareis.

Probablemente bastantes creyentes hemos vivido en nosotros mismos la triste experiencia del abandono de la oración, que describe *P. Guilbert* con conmovedora sinceridad en su libro: *“La prière retrouvée.”*

Casi sin darnos cuenta, hemos llenado nuestra vida de cosas, actividad y preocupaciones, vaciándonos interiormente de muchas maneras y evadiéndonos calladamente de Dios.

Siempre tenemos otra cosa más importante que hacer, algo más urgente o más útil. ¿Cómo ponerse a orar cuando uno tiene tantas cosas en que ocuparse?

Y hemos terminado por “vivir bastante bien” sin necesidad alguna de orar. Tal vez, alguna nostalgia de vez en cuando, pero cada vez más apagada e ineficaz.

¿Es posible salir de esa mediocridad en que uno se ha ido instalando poco a poco a lo largo de los años? ¿Es posible experimentar en nuestra propia vida que son verdaderas las palabras de Jesús: “Buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá”?

Tal vez, lo primero que nos pide es decir interiormente un “sí” a Dios. Un “sí” pequeño, humilde, minúsculo, que aparentemente no cambia todavía en nada nuestra vida, pero que nos pone a la búsqueda de Dios.

Probablemente, la experiencia nos dice que lo hemos intentado muchas veces y que siempre hemos vuelto a nuestra mediocridad anterior.

De ahí la necesidad de una oración sincera: “No me puedo apoyar en mi fidelidad a Dios pues la experiencia me dice que no soy fiel. Señor, me abandono a tu fidelidad. Enséñame a orar”.

Una oración como ésta es siempre escuchada. Lo importante es ser sincero. No huir. Buscar a Dios más allá de métodos, libros, oraciones y frases. Repetir de manera sencilla esas oraciones que las gentes hacían a Jesús: “Señor, que vea”, “Señor, ten compasión de mí que soy pecador”, “Señor, creo, pero aumenta mi fe”.

Tal vez más de uno se diga a si mismo: Pero, ¿a qué conduce todo esto? ¿No es todo esto hablar en el vacío y engañarnos ingenuamente a nosotros mismos?

Ciertamente, no vemos a Dios ni oímos su voz ni sentimos sus manos. Simplemente le buscamos y nos abrimos a su presencia en una actitud semejante a la de *Charles Foucauld*: “Dios mío, si existes, enséñame a conocerte”.

Ese Dios no suprime nuestros sufrimientos ni resuelve nuestros problemas, pero “una cura de oración” nos puede ofrecer la paz y la luz que necesitamos para situar las cosas en sus verdaderas dimensiones y dar a nuestra vida su verdadero sentido.

Pero Dios no es una conquista sino un regalo. “Quien busca lo halla y al que llama se le abre”.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1985-1986 – BUENAS NOTICIAS

27 de julio de 1986

APRENDER EL PADRE NUESTRO

Cuando oréis decid:...

Hemos recitado tantas veces el Padrenuestro y, con frecuencia, de manera tan apresurada y artificial, que hemos terminado, a veces, por vaciarlo de su sentido más hondo.

Se nos olvida que esta oración nos la ha regalado Jesús como la plegaria que mejor recoge lo que él vivía en lo más íntimo de su ser y la que mejor expresa el sentir de sus verdaderos discípulos.

De alguna manera, ser cristiano es aprender a recitar y vivir el Padrenuestro. Por eso, en las primeras comunidades cristianas, rezar el Padrenuestro era un privilegio reservado únicamente a los que se comprometían a seguir a Jesucristo.

Quizás, necesitamos “aprender” de nuevo el Padrenuestro. Hacer que esas palabras que pronunciamos tan rutinariamente, nazcan con vida nueva en nosotros y enraícen en nuestra existencia.

He aquí algunas sugerencias que pueden ayudarnos a comprender mejor las palabras que pronunciamos y a dejarnos penetrar por su sentido.

Padre nuestro que estás en los cielos. Dios no es en primer lugar nuestro Juez y Señor y, mucho menos nuestro Rival y Enemigo. Es el Padre que desde el fondo de la vida, escucha el clamor de sus hijos.

Y es *nuestro*, de todos. No soy yo el que reza a Dios. Aislados o juntos, somos nosotros los que invocamos al Dios y Padre de todos los hombres. Imposible invocarle sin que crezca y se ensanche en nosotros el deseo de fraternidad.

Está en los cielos como lugar abierto, de vida y plenitud, hacia donde se dirige nuestra mirada en medio de las luchas de cada día.

Santificado sea tu Nombre. El único nombre que no es un término vacío. El Nombre del que viven los hombres y la creación entera. Bendito, santificado y reconocido sea en todas las conciencias y allí donde late algo de vida.

Venga a nosotros tu Reino. No pedimos ir nosotros cuanto antes al cielo. Gritamos que el Reino de Dios venga cuanto antes a la tierra y se establezca un orden nuevo de justicia y fraternidad donde nadie domine a nadie sino donde el Padre sea el único Señor de todos.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. No pedimos que Dios adapte su voluntad a la nuestra. Somos nosotros los que nos abrimos a su voluntad de liberar y hermanar a los hombres.

El pan de cada día dánosle hoy. Confesamos con gozo nuestra dependencia de Dios y le pedimos lo necesario para vivir, sin pretender acaparar lo superfluo e innecesario que pervierte nuestro ser y nos cierra a los necesitados.

Perdónanos nuestras deudas, egoísmos e injusticias pues estamos dispuestos a extender ese perdón que recibimos de Ti a todos los que nos han podido hacer algún mal.

No nos dejes caer en la tentación de olvidar tu rostro y explotar a nuestros hermanos. Presérvanos en tu seno de Padre y enséñanos a vivir como hermanos.

Y líbranos del mal. De todo mal. Del mal que cometemos cada día y del mal del que somos víctimas constantes. Orienta nuestra vida hacia el Bien y la Felicidad.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1982-1983 – APRENDER A VIVIR

24 de julio de 1983

SE NOS ESTA OLVIDANDO ORAR

Quien pide, recibe.

Quizás la tragedia más grande del hombre de hoy sea su incapacidad creciente para la oración. Al hombre actual se le está olvidando lo que es orar.

Las nuevas generaciones hemos abandonado las prácticas de piedad y las fórmulas de oración que han alimentado la fe de nuestros padres. Hemos reducido el tiempo dedicado a la oración y la reflexión interior. Hasta la hemos excluido prácticamente de nuestra vida.

Pero no es esto lo grave. Parece que el hombre actual ha ido perdiendo capacidad de silencio interior y de encuentro sincero consigo mismo y con Dios. Distráido por mil sensaciones, embotado interiormente, encadenado a un ritmo de vida deshumanizador, está abandonando la actitud orante ante Dios.

En una sociedad en la que se acepta como criterio primero y casi único la eficacia, el rendimiento y utilidad inmediata, la oración queda desvalorizada como algo inútil y poco importante. Fácilmente se afirma que lo importante es “la vida”, como si la oración perteneciera al mundo de “la muerte”.

Y, sin embargo, necesitamos orar. No es posible vivir con vigor nuestra fe cristiana y nuestra vocación humana, infraalimentados interiormente. Tarde o temprano el hombre experimenta la insatisfacción que produce en el corazón humano, el vacío interior, la banalidad de lo cotidiano, el aburrimiento de la vida y la incomunicación con el misterio.

Necesitamos orar para encontrar silencio, serenidad y descanso que nos permitan sostener el ritmo de nuestro quehacer diario. Necesitamos orar para vivir en actitud lúcida y vigilante en medio de una sociedad superficial y deshumanizadora.

Necesitamos orar para encontrarnos valientemente con nuestra propia verdad y ser capaces de una autocrítica personal sincera. Necesitamos orar para no desalentarnos en el esfuerzo de irnos liberando individual y colectivamente de todo lo que nos impide ser más humanos.

Necesitamos orar para liberarnos de nuestra propia soledad interior y poder vivir ante un Padre, en actitud más festiva, agradecida y creadora.

Felices los que también en nuestros días sean capaces de experimentar en lo más profundo de su ser, la verdad de las palabras de Jesús: “Quien pide, está recibiendo, quien busca está hallando, y al que llama se le está abriendo”.

José Antonio Pagola

Blog: <https://homiliaspagola.blogspot.com/>

Para ver videos de las Conferencias de José Antonio Pagola
<http://iglesiadesopelana3v.blogspot.com>